



Balta Lelija

19 de julio de 2019
“Santa Juana de Arco:
hija de Dios y doncella de Orléans”
(Parte I)

En la meditación de ayer habíamos comenzado con la historia de Santa Juana de Arco. Lo último que escuchamos fue que partió de su hogar a los 17 años para realizar la misión que Dios le había encomendado. Ella sabía que debía seguir este llamado de Dios, por más inusual que fuese y aunque hubiera tenido que dejar cien padres y cien madres, como dirá Juana posteriormente en el proceso llevado en su contra en Rouen, en el año 1430.

Esta declaración de nuestra santa es de gran importancia, pues refleja algo del fuego de amor que ardía en ella. Dios y la misión que Él encomienda: esto está por encima de todo, incluso sobre el más estrecho parentesco. Aquí se nos viene a la mente aquella palabra del Señor: *“El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí”* (Mt 10,37).

En nuestra Iglesia no se puede echar a perder esta incondicionalidad a la hora de corresponder al llamado de Dios. No podemos acomodar su llamado hasta hacerlo encajar en la mentalidad del mundo o en la “mundanidad” en la Iglesia. Precisamente una vocación como la de Juana nos muestra que Dios puede conducir a una persona por caminos muy excepcionales y extraordinarios. Esto no se refiere, de ninguna manera, a “locuras” personales o a las extravagancias más excepcionales; sino que debe tratarse de auténticos llamados de Dios. Debemos cuidarnos de no rechazar la singularidad de una vocación por el simple hecho de que no podamos imaginárnoslo. En este sentido, la vida de Santa Juana rompe muchos esquemas de lo que podría parecernos impensable.

Ahora bien, ¿cómo se desarrolló la misión de la “doncella de Orléans” una vez que partió de su hogar en Domremy?

Cuando Juana empezó su misión pública, parecía que era sólo cuestión de tiempo que toda Francia cayese bajo el dominio del Rey inglés. La región de Normandía ya estaba en sus manos y Borgoña cooperaba con los ingleses. Todavía los franceses ofrecían resistencia militar, pero se iban sumando las derrotas, de manera que el ejército estaba bastante desalentado. La ciudad de Orléans, que aún era leal a Carlos VII, estaba sitiada por el enemigo y, si hubiera caído, probablemente toda Francia habría pasado a manos de los ingleses.

En medio de esta amenaza, Juana toma la iniciativa, siguiendo las indicaciones del cielo, y convence a Carlos VII de poner soldados a disposición de ella. Con este ejército, va de victoria en victoria, de modo que se da un giro en la situación militar.

La liberación de Orléans se convierte en una de las grandes señales y acreditaciones de que Juana es realmente enviada de Dios.

Como fruto de esta victoria, Santa Juana logra llevar al heredero Carlos VII a Reims para su coronación. Ella sabe cuán significativo es este acto, porque fortalecerá al rey y a aquellos que están de su parte, mientras que debilitará al enemigo.

Pero en cuanto a la coronación de Carlos VII, no se trataba solamente del acto mismo de ungir al rey de Francia, cuya elección por parte de Dios queda evidente a través de la misión de Juana. Ella va un paso más allá y le pide a Carlos VII que ponga su reinado en las manos de Dios, para recibir de Él el encargo de regir, como vasallo del Altísimo.

Con este acto, Juana entiende una realidad que estaba muy arraigada en la monarquía en la Edad Media: Todo poder civil procede de la mano de Dios y es a Él a quien hay que rendir cuentas. Restablecer en Francia el orden establecido por Dios era una obra de justicia. Además, gran parte de la población sufría tremendamente bajo la ocupación extranjera. Juana no tenía odio hacia los ingleses. Simplemente se trataba de que se fuesen de Francia. En los combates, ella misma no mataba a nadie. Incluso se ocupaba a veces de los heridos del ejército enemigo. Pero, sobre todo, se preocupaba por su salvación eterna.

Siempre empezaba proponiendo a los ingleses que se retirasen libremente. Pero ella tenía en claro que no podría ahuyentarlos con negociaciones diplomáticas, sino que haría falta intervención militar. En las guerras no se confiaba únicamente de la fuerza de los soldados, sino que sabía que los ángeles luchaban de su parte.

Juana se encargaba de que los soldados fuesen a la confesión. Ahuyentó a las prostitutas que iban tras el ejército y exhortaba a los soldados a vivir su vocación cristiana. Les hacía ver que era un gran honor luchar en el “ejército de la doncella”. Sin lugar a dudas, ella hubiera preferido resolver el conflicto sin recurrir a las armas, pero no le quedó otra opción...

Resumamos lo que hemos hablado hasta aquí sobre Santa Juana de Arco:

Dios llamó a una doncella para restablecer por medio de ella el orden por Él querido en Francia. Santa Juana siguió el llamado que le fue dirigido. Inicialmente cuenta con la aprobación de la Iglesia para realizar su misión a favor del rey y de la nación. Mientras no le ponen obstáculos, los combates resultan exitosos y los ingleses quedan debilitados, de manera que se da un giro en la guerra a favor de Francia. Juana lleva al heredero legítimo, el Dauphin Carlos VII, a Reims para su coronación. Pero, llegado a este punto, su misión y su actuar empiezan a verse obstaculizados... ¡Se acerca la traición!